

CAPITULO 10

Desarrollo del Lenguaje

Faas, A.; Paolantonio, P., Marasca, R.; Rabinovich, D.; Codosea, L.

I. La adquisición del lenguaje

Cuando hablamos de lenguaje nos referimos a la capacidad del ser humano para expresar su pensamiento y comunicarse. La comunicación se da en muchas especies animales, a través de distintas formas o sistemas pero, sin duda alguna, comparado con el lenguaje humano constituyen sistemas extremadamente limitados. En el hombre encontramos la capacidad de comunicarse a través de distintos sistemas como el gestual, escrito y oral, lo que lo define como el sistema el sistema más complejo de comunicación entre las diferentes especies. Ya se ha mencionado que la comunicación existe desde que nacemos. Los bebés producen desde el nacimiento sonidos, de forma activa para conseguir la atención de sus cuidadores comunicándose a partir de llantos, sonrisas, gorgojeos, balbuceos, gestos, etc. ¿Pero cómo estas formas cambian y evolucionan desde lo prelingüístico a la palabra hablada? Aquí es cuando los distintos investigadores centran su atención en el proceso de adquisición y desarrollo del lenguaje, y los cambios y transformaciones que suscitan en el niño la posibilidad de insertarse en la cultura como ser hablante. Al referirse a la adquisición del lenguaje Karmiloff y Karmiloff – Smith (2005) sostienen lo siguiente:

La adquisición del lenguaje es un largo viaje que empieza en el fluido mundo del útero y continúa a través de la infancia, la adolescencia e, incluso, después. Durante este largo período de adquisición, el aprendiz se enfrenta a un extenso conjunto de desafíos. Desde los torpes intentos del bebé para hacer que el sistema articulatorio de su boca, garganta y laringe produzcan los sonidos específicos de su lengua materna, hasta las complejidades muy posteriores de la producción y comprensión de las largas narraciones, las capacidades lingüísticas del niño o niña sufren numerosos cambios (p. 136).

El ser humano es fundamentalmente un ser social y la adquisición del lenguaje no puede entenderse aislada del contexto social en el cual el niño se desarrolla. Al respecto Bruner (1984) sostiene:

“La adquisición del lenguaje en el niño comienza antes de que empiece a comunicarse con palabras. Se inicia en esas relaciones sociales que establece con los principales adultos que lo rodean, lo que les va permitiendo crear una realidad compartida. La estructura de estas primeras relaciones constituye el input a partir del cual el niño conoce la gramática, la forma de referir, de significar y la forma de realizar sus intenciones comunicativas” (p. 174).

Sin duda alguna, la familia cumple una importante función en el desarrollo del lenguaje del niño pudiendo estimular y acelerar ritmos de adquisición del mismo así como obstaculizarlos. Las maneras como las personas próximas al niño establecen sus contactos sociales será una importante fuente de estimulación para el desarrollo del lenguaje tanto en su etapa preverbal como cuando se adquiere el lenguaje hablado.

Las características progresivas del desarrollo del lenguaje verbal en los diferentes niveles de edad están estrechamente asociadas con:

- El proceso de maduración del sistema nervioso.
- El desarrollo cognoscitivo que comprende desde la discriminación perceptual del lenguaje hablado hasta la función de los procesos de simbolización y el pensamiento.
- El desarrollo socioemocional, que es el resultado de la influencia del medio sociocultural, de las interacciones del niño y las influencias recíprocas.

Desde una perspectiva interaccionista y constructivista, el ambiente sociocultural es fundamental para la adquisición del lenguaje. Adquirir una lengua forma parte de comportamientos socio interactivos, donde el medio familiar es el ambiente de estimulación por excelencia, capaz de transformar los ritmos biológicos innatos del recién nacido en comportamientos cognitivos, afectivos y sociales. El niño no nace 'capaz de hablar', sino que la interacción adulta poco a poco va consiguiendo 'hacerle capaz de hablar' a partir de las organizaciones biológicas innatas generales que permiten la supervivencia; entre estas organizaciones se encuentran la emocionalidad innata necesaria para la comunicación (p. ej., la expresión de la sonrisa y del llanto), la percepción de estímulos del medio y la preferencia por los estímulos sociales (voces humanas, aspecto indefenso que propicia el contacto corporal), etc. Los adultos se muestran especialmente dispuestos a 'atender' estas señales y a conferirles especificidad. Pero un niño no hablará si no es hablado. Para la adquisición del lenguaje es necesario por parte del niño cierto nivel socio cognitivo, como por ejemplo posibilidades de tener intencionalidad, y por parte del adulto, la posibilidad de ser sensible y accesible a las necesidades socio psicológicas del niño acompañando su proceso de manera permanente (Clemente y Villanueva, 1999).

Distintas teorías han intentado explicar la adquisición del lenguaje en el niño, algunas ponen el acento en los aspectos innatos para la adquisición del lenguaje hablado y otras rescatan el rol del aprendizaje en el contexto sociocultural y la estimulación del medio.

1.1. Teorías explicativas de la adquisición del lenguaje

Las teorías explicativas de la adquisición del lenguaje implican posturas que han enfatizado los factores **ambientales**, los mecanismos lingüísticos **innatos** o los procesos de **construcción cognitiva**. Considerando la primera postura se destaca la teoría conductista del aprendizaje operante de Skinner, la segunda postura se relaciona con la teoría mentalista del innatismo de Noam Chomsky y la tercera con la teoría cognitiva de Jean Piaget.

- **La teoría conductista de Skinner:** desde los postulados de Skinner del condicionamiento operante el lenguaje es una conducta adquirida en un proceso gradual de reforzamiento de las respuestas sonoras que el niño emite. Skinner introdujo la recompensa como medio de modelar el comportamiento sobre cánones previstos, por lo que propuso que para entender el habla, la escritura y otros usos del lenguaje, primero que nada se debía reconocer que son formas de conductas y que como tales las mismas adscribían a las contingencias del reforzamiento. Propuso que la conducta verbal no es diferente en lo esencial de cualquier otra forma de conducta. La conducta verbal se aprende en términos de relaciones funcionales entre la conducta y los eventos ambientales, particularmente de sus consecuencias. Es el ambiente social lo que refuerza la conducta verbal. Según B. F. Skinner, el lenguaje está considerado por unidades que pueden dar lugar a nuevas combinaciones planteando que la conducta verbal se caracteriza por ser una conducta reforzada a través de la mediación de otras personas, en la actividad del escucha. Las conductas del hablante y el escucha conforman juntas lo que podría denominarse un episodio completo. Skinner considera que la conducta verbal es de tipo voluntaria (operante) y es seleccionada por sus consecuencias ambientales. La particularidad de la conducta verbal respecto a otras operantes, es que las consecuencias de la conducta del hablante están mediadas por otras personas. Las variables controladoras son sociales: la conducta de otros, controla la conducta verbal del hablante. Skinner sugiere que una emisión hablada puede surgir como una respuesta ecoica: como una simple repetición imitando los sonidos hechos por los padres u otras personas. Estos recompensan al niño prestándole atención a su forma ecoica si es parecida al estímulo original. Del mismo modo, una respuesta puede ser aprendida como el resultado de un estímulo de necesidad (*mads*). Skinner agrupa aquí todas las respuesta que el hablante da a estímulos adversos o internos tale como el hambre, dolor, etc. en el que el hablante acude al oyente. Menciona también un tipo de respuestas aprendidas que surgen al azar en presencia de un estímulo particular (*tacts*). Skinner piensa que todos los mads, tacts y respuestas ecoicas se van modelando gradualmente dentro del condicionamiento operante. La visión de Skinner está mucho más influenciada por el medio ambiente que la de Chomsky (Skinner, 1957, 1986).
- **La teoría innatista de Chomsky:** como resultado de la insatisfacción con el enfoque de las teorías conductistas surge la visión del lenguaje como algo innato. Chomsky compara la adquisición del lenguaje con el crecimiento y desarrollo de un órgano; es algo que le acontece al niño, no algo que el niño hace. El lenguaje, tanto en su curso de desarrollo general como en sus rasgos básicos está predeterminado desde el inicio, más allá de las influencias del ambiente. Opone su postura racionalista donde la mente humana es la única fuente del conocimiento a la postura empirista de los conductistas donde todo conocimiento se deriva de la experiencia. Desde esta postura Chomsky considera que todos nacemos con un número de facultades específicas que juegan un papel crucial en nuestra adquisición del conocimiento y nos capacitan para

actuar como agentes libres y no determinados por estímulos externos del medio ambiente. A partir de su publicación sobre gramática transformacional en 1965 plantea que todas las lenguas humanas tienen propiedades estructurales de base en común, habiendo unidades fonológicas, sintácticas y semánticas que son universales. Estos universales podrían ser considerados como principios innatos por medio de los cuales la mente opera. Los elementos fonológicos, sintácticos y semánticos constituyen lo que Chomsky denomina universales sustantivos de la teoría lingüística, entendiendo que hay estructuras mentales innatas específicas para la adquisición de la lengua. Desde esta teoría, fuertemente mentalista, el niño aprendería el lenguaje por estar expuesto a la lengua lo que activa una serie de principios generales o estructuras innatas (*lad*) que favorecen la adquisición de universales lingüísticos de manera progresiva conforme el niño madura. Mediante este dispositivo interno el niño va concluyendo que el plural se forma añadiendo “s” al singular, que para el femenino basta añadir “a” al masculino, etc. Es decir, va acumulando información específica acerca de la estructura de su lengua usando esos principios universales o generales. La habilidad innata que pone en marcha estos mecanismos también permite al niño escoger los datos necesarios de los muchos que le rodean. Si no hay exposición a los datos externos, dicho mecanismo no se pone en funcionamiento (Chomsky, 1977).

- **La teoría constructivista de Jean Piaget:** la posición de Piaget es mentalista como la de Chomsky y también constructivista. Piaget plantea una teoría genética y formal del conocimiento según la cual el niño debe dominar la estructura conceptual del mundo físico y social para adquirir el lenguaje. Para Piaget el lenguaje es equivalente a la inteligencia. El lenguaje sería un producto de la inteligencia por lo que el desarrollo del lenguaje es el resultado del desarrollo cognitivo. Explica a través de la función simbólica la capacidad de la inteligencia para las representaciones (manejadas por operaciones del pensamiento). Los niños al final del periodo senso-motor desarrollan la función simbólica como una capacidad más de la inteligencia, por lo que hasta este momento no existiría lenguaje en sentido estricto. El conocimiento se refleja de distintas maneras: imágenes mentales, imitación diferida, juego simbólico, dibujo y lenguaje. Los niños al final del periodo senso-motor desarrollan la función simbólica como una capacidad más de la inteligencia, a través de la función simbólica se adquiere la capacidad de la inteligencia para las representaciones (manejadas por operaciones del pensamiento).

De acuerdo con Piaget, pensamiento y lenguaje se desarrollarían por separado, ya que la inteligencia empieza a desarrollarse desde el nacimiento, mientras que el niño va aprendiendo a hablar según su desarrollo cognitivo va alcanzado el nivel necesario para ello. Para Piaget es el pensamiento el que hace posible adquirir un lenguaje, lo que implica que cuando el ser humano nace no posee un lenguaje innato, como afirmaba Chomsky, sino que lo va adquiriendo poco a poco como parte del desarrollo cognitivo. Una vez adquirido un lenguaje este a su vez ayudará también al desarrollo cognitivo (Piaget, 1977; Carroll, 2006).

El término *aprendizaje* enraíza en la psicología y, como ya hemos mencionado, se vincula con el conductismo. Supone a un niño como tabula rasa que aprende el lenguaje por completo a través de la experiencia. El término *innatismo* refleja la influencia de Noam Chomsky, y la de los modelos innatistas (generativismo) inspirados en su trabajo, desde finales de los años cincuenta. En esta perspectiva, la función del entorno es de desencadenante de ese “ovillo” genético predeterminado. Desde esta visión, el proceso de adquisición es, en lo fundamental, independiente de otros desarrollos del niño, ya sean cognitivos o sociales. Las teorías generativistas proponen modelos formales del proceso de adquisición y reducen al mínimo el papel de la experiencia lingüística del niño. Por otra parte las teorías constructivistas han puesto el foco en los aspectos cognitivos del desarrollo del lenguaje, igualando cognición y lenguaje y dejando de lado otros aspectos cruciales para la adquisición como lo son los aspectos sociales y afectivos. En línea con esta tercera corriente, sin embargo, han surgido en la actualidad los modelos constructivistas-emergentistas o pospiagetianos, a partir de los cuales puede describirse el desarrollo como un proceso ontogénico, gradual, complejo, y adaptativo. Desde esta perspectiva, el desarrollo lingüístico es impulsado por una interacción compleja de experiencia y aprendizaje que, además, no parte de una tabula rasa sino de un sistema con diversas constricciones innatas, algunas genéticas, otras aprendidas in útero, pero todas de carácter no-específicamente gramatical (López-Ornat, 2011). Compartimos esta perspectiva que es coherente con un enfoque contextual-dialéctico en psicología del desarrollo, centrado en el análisis y acompañamiento de los ciclos vitales. En especial queremos destacar cómo coincide con la presentación que hicimos de los sistemas con los cuales viene equipado el niño al nacer; con la importancia de la construcción del vínculo en la temprana infancia y, como veremos más adelante, con el desarrollo de estrategias para andamiar la protoconversación, en particular el habla dirigida al bebé. Nos adentraremos en esta vía a partir del siguiente apartado.

1.2. Las relaciones socio-afectivas niño-cuidadores durante el primer año de vida y su relevancia en la adquisición del lenguaje hablado

Tal como se mencionó previamente, el proceso de adquisición del lenguaje comienza antes de que el niño sea capaz de pronunciar sus primeras palabras y no puede ser entendido aisladamente del contexto en el que éste se desarrolle, por lo que las relaciones socio-afectivas entre el bebé y sus cuidadores resultan esenciales. Ya se mencionó que los seres humanos nacen equipados con un amplio repertorio de sistemas que le permiten comunicarse emocionalmente en su entorno. Y son estos sistemas innatos los que están en la base de los inicios de la comunicación interpersonal con otro, el que funcionará como activador y modulador de los mismos.

El contacto entre el bebé y sus padres permite crear una realidad compartida, constituyendo esto un requisito fundamental para que se produzca el paso de la etapa pre lingüística a la etapa lingüística. Un niño no hablará si no es hablado, por lo menos de la forma que entendemos el lenguaje como construcción sociocultural que media las relaciones comunicacionales entre los seres humanos. Es a partir de estas realidades compartidas que los niños aprenden, por lo tanto, a comunicarse a través de

las palabras. Durante la fase pre lingüística son las interacciones cara-a-cara y aquellas que involucran el cuerpo completo del adulto, así como la imitación y el entonamiento afectivo, las que aseguran que se comience a referir y a compartir sin aun recurrir al lenguaje. Tal como desarrolla Bordoni (2014), en particular este ponerse a tono con el otro es un modo de poder compartir de manera no-verbal la experiencia dinámica vivida (Stern, 2010). En la fase pre verbal juegan un rol principal las respuestas intuitivas maternas que atienden más a una necesidad relacional que física, y se manifiestan como el logro de coincidencias en las fluctuaciones de los ritmos y niveles de activación demostrados en sus movimientos, gestos y vocalizaciones.

Así, en el marco de estas interacciones sociales y afectivas, se plantea que durante la primera mitad del año de vida los adultos hacen uso de un tipo particular de lenguaje al momento de dirigirse al niño, el cual ha recibido distintas denominaciones: **“Maternés”, “Habla Dirigida al Niño (HDN)”, “Motherese” o “Baby-talk”** (Clemente y Villanueva, 1999; Vila en Palacios Marchesi y Carretero, 1984).

A partir de los años 70 surge la necesidad de estudiar qué podría haber de comunicativo en las conductas observables de los niños pre verbales. En este marco, emergieron los estudios sobre HDB a partir de los que se ha aportado evidencias empíricas acerca de que los adultos, al dirigirse a los bebés, suelen utilizar un tono de voz más agudo del habitual, variaciones tonales mayores y pausas más largas. El habla se vuelve más rítmica, con frases cortas y claramente delimitadas. Los adultos modifican también aspectos articulatorios y fonológicos exagerando o hiperarticulando vocales.

En el HDB los patrones prosódicos le ofrecen al bebé pistas fiables acerca de la intención comunicativa del hablante, por ejemplo si es una pregunta o una invitación. Para el bebé, el aspecto portador del mensaje del HDB es la melodía del habla y sirve a la función de la regulación de la excitación y la atención, el soporte didáctico para los aprendizajes sociales, el ofrecimiento de modelos para el aprendizaje vocal y fonológico y para la adquisición de los componentes prosódicos del lenguaje. En los primeros meses el habla materna tiende a realizarse con una voz aguda, suave y entrecortada; las emisiones son cortas y repetitivas, con pausas claras. Los contornos melódicos que aparecen son claramente distinguibles y controlados y el ritmo es estable, lo cual calma y tranquiliza a los pequeños. Más adelante, este habla se va transformando en un juego mutuo cada vez más dinámico: hacia los 5 meses, los bebés responden enérgicamente a las bromas y rutinas estructuradas donde hay una escala creciente de excitación hacia un punto culminante. Estos juegos son en cierto sentido dramáticos en tanto se tratan de la generación de una tensión (lo cual genera una expectativa), un mantenimiento de la tensión y finalmente una resolución, como en el caso del juego tradicional “peek-a-boo” (acá-ta). Los bebés no sólo se sienten atraídos por la melodía que contiene el HDB, sino que además distinguen diferentes mensajes categoriales básicos (aceptación, prohibición, incitación, alivio) en distintos tipos de contornos melódicos (Carretero 2016).

El *maternés* reviste una importancia fundamental para el desarrollo del lenguaje en tanto facilita la adaptación sincrónica de las díadas adultos-bebés colaborando en el proceso de adquisición de la lengua nativa. Este tipo de lenguaje que los adultos significativos dirigen al niño posee una serie de características particulares, las cuales se resumen a continuación:

- **Fonológicas:** los padres se dirigen al niño hablándole de una manera más lenta, de forma repetitiva o redundante, con un tono de voz exagerado y agudo, con articulación y gesticulación claras.
- **Sintácticas:** uso de frases u oraciones cortas y simples.
- **Semánticas:** uso de diminutivos y referentes concretos, centrados en el aquí y ahora (en el momento presente).
- **Pragmáticas:** uso de formas discursivas conversacionales, con predominio de directivas e interrogaciones en el marco de actividades compartidas o acciones conjuntas.

Al respecto, diversos autores (Bruner, 1982; Trevarthen, 1982, Bates, 1979) han abordado el estudio de estas interacciones socio-afectivas, indagando acerca de los procesos de comunicación y comportamientos evidenciados entre el niño y sus cuidadores durante los primeros años de vida con anterioridad a la emergencia de las primeras palabras. A partir de estos estudios formularon una serie de conceptos que permiten entender con mayor profundidad la importancia de estas primeras relaciones para la adquisición del lenguaje hablado. Cada uno de estos conceptos y posturas se expondrán en los siguientes apartados.

1.2.1.J. Bruner y el concepto de *formato*



Jerome Seymour Bruner (1915-2016) psicólogo y pedagogo estadounidense. Ejerció su cátedra de Psicología Cognitiva en la Universidad de Harvard y junto a Miller fundaron el primer Centro de Estudios Cognitivos. Posteriormente, se trasladó a Inglaterra, donde dictó clases en la Universidad de Oxford. Centró su interés en la evolución de las habilidades cognitivas del niño haciendo hincapié en el contexto de enseñanza.

La teoría de Bruner sobre la adquisición del lenguaje tiene como punto de referencia los lineamientos teóricos de Piaget y Vygotski, en tanto destaca la influencia del contexto en el desarrollo intelectual y del lenguaje infantil, señalando que las interacciones y diálogos establecidos entre adulto y niño son esenciales en la adopción del habla.

Según Bruner (1982), el conocimiento del mundo inevitablemente conduce al conocimiento del lenguaje léxico-gramatical, teniendo como premisa fundamental las interacciones con otros. Su teoría sobre la adquisición del lenguaje se sustenta en un enfoque social, en función del cual plantea que la clave para que un niño aprenda y sea capaz de hablar son las interacciones con los adultos, por lo que la estimulación que los

niños reciban del contexto en el cual se hallan inmersos resulta esencial. Su concepción entra en conflicto con otras teorías nativistas como la de Chomsky, quien plantea que todo individuo nace con un dispositivo para la adquisición del lenguaje.

De acuerdo con el enfoque de Bruner, el niño no adquiere las reglas gramaticales de la nada, sino que antes de aprender a hablar aprende a utilizar el lenguaje en su relación cotidiana con el mundo, especialmente con el *mundo social*. De este modo, el lenguaje se aprende usándolo de forma comunicativa, siendo la interacción del niño con sus cuidadores lo que permite el paso de lo prelingüístico a lo lingüístico. A partir de las interacciones niño-adultos se generan rutinas en las que el niño va incorporando expectativas sobre los actos de sus padres y aprende a responder a ellas, como por ejemplo la comida o el juego. A estas situaciones repetidas y socialmente pautadas Bruner les dio el nombre de **formatos**. El lenguaje, sostiene, toma la forma de un formato dialogal antes de traducirse en palabras.

Una de las características de estas interacciones pautadas es que los papeles son reversibles, por lo que tanto el bebé como el adulto pueden reconocer sus intenciones calibrando lo que pretenden hacer o decir. Así, a partir de los formatos los niños negocian con sus cuidadores procedimientos y significados que pronto se convierten en una situación social, a partir de la cual aprenden su idioma y su cultura.

El formato más estudiado por Bruner ha sido el del juego, a partir del cual los niños aprenden las habilidades sociales necesarias para la comunicación antes de que exista lenguaje. Así, durante los primeros meses del primer año de vida el bebé desarrolla variedad de sonidos, movimientos articulatorios y algunas funciones o conductas comunicativas no intencionales como el llanto, la sonrisa, etc. en el proceso de interacción con sus padres. Posteriormente, los formatos facilitan el desarrollo de conductas comunicativas intencionales, siendo el niño ya capaz de comunicarse con los adultos mediante gestos y vocalizaciones no lingüísticas. A medida que el niño avanza en su desarrollo, los formatos se vuelven más complejos, logrando incorporar las palabras y recursos lingüísticos simbólicos.

A partir de los estudios realizados en torno a los formatos lúdicos en los que observó interacciones triangulares entre el niño, el adulto y los objetos Bruner identificó tres tipos de formatos:

1. Formatos de **atención conjunta**: situaciones en las que el niño y el adulto elaboran juntos procedimientos de referencia que permiten la atención conjunta hacia un objeto. Por ejemplo: juegos de indicación de objetos (juguetes), juegos donde el niño dirige su atención a un objeto como por ejemplo la lectura de libros o cuentos, etc.
2. Formatos de **acción conjunta**: momentos en los que el niño y su cuidador elaboran juntos estrategias y convenciones para implicar el uno al otro en una acción común con los objetos. Por ejemplo: juegos de dar y tomar, de meter y sacar, de construir y tirar, etc.
3. Formatos **mixtos**: situaciones que implican atención y acciones conjuntas entre el niño y su cuidador. Por ejemplo: juego del cu-cú o del cuquito.

La co-construcción de estos procedimientos entre el niño y los adultos resulta fundamental para la aparición del lenguaje. Los distintos tipos de formatos propuestos por Bruner se resumen en la tabla I:

Tabla I: Síntesis tipos de formatos según Bruner

FORMATOS de ATENCIÓN conjunta	FORMATOS de ACCIÓN conjunta	FORMATOS MIXTOS
<p>Niño y adulto atienden conjuntamente a un objeto.</p> 	<p>Niño y adulto actúan sobre un objeto de forma conjunta.</p> 	<p>Niño y adulto atienden y actúan de forma conjunta con un objeto.</p> 

Por otra parte, Bruner señala que mediante los formatos los adultos atribuyen intencionalidad a las conductas del bebé, atribución que llama **andamiaje**, a partir del cual el niño va aprendiendo a comunicarse con otros. El adulto andamiaja y sostiene los logros que el niño va adquiriendo en torno al lenguaje, entrando en lo que Vigotsky llama *zona de desarrollo próximo*, mediante actividades lúdicas en función de las cuales le enseña a conseguir el control consciente de lo que va aprendiendo gracias a las relaciones sociales establecidas. De este modo, a través de los formatos y en un contexto de acción conjunta, los adultos revisten de significado las conductas infantiles desde el nacimiento al dotarlas de intencionalidad, negociando convenciones y procedimientos para comunicarse.

En esa línea, Bruner plantea que para lograr el aprendizaje del uso del lenguaje el niño necesita de un **Sistema de Apoyo de Adquisición del Lenguaje (SAAL ó LASS)** que consiste en el ambiente o entorno de apoyo que rodea al niño a partir del cual aprende a hablar y a usar las palabras. El LASS también es entendido como el vehículo o medio de los formatos que se produce en un contexto de acción conjunta y permite

al niño extraer la estructura del lenguaje y formular principios generales en torno a **éste**, colaborando en una correcta utilización del mismo y asegurando que se produzca de forma aceptable a sus rutinas de descubrimiento para que pueda reconocer lo apropiado de los procedimientos comunicativo-lingüísticos.

1.2.2. C. Trevarthen y el concepto de *intersubjetividad*



Colwyn Trevarthen es Profesor de Psicobiología y Desarrollo Infantil en la Universidad de Edimburgo. Estudió el desarrollo del cerebro en el contexto protoconversacional entre el infante y sus padres, enfatizando en lo que llama *intersubjetividad primaria*. Destaca como piedra fundamental de la comunicación humana la influencia de los ritmos y la “musicalidad” del movimiento y la semiótica del gesto. Formuló su teoría – al igual que Daniel Stern – a partir del análisis de videos de interacciones cara a cara entre la madre y el infante. Su interés se centra en cómo los niños pueden percibir el estado del otro. Plantea el concepto de intersubjetividad como correspondencias transmudales entre el niño y sus cuidadores.

A partir de una serie de estudios en los que observó interacciones cara a cara entre bebés y sus mamás, Trevarthen (1982) propone el concepto de ***intersubjetividad***, en función del cual plantea que los niños nacen con una motivación y sociabilidad latentes de contacto intersubjetivo con sus cuidadores, por lo que a temprana edad son capaces de reconocer intuitivamente los estímulos que de ellos provienen con o sin elaboraciones cognitivo-simbólicas.

Si bien la teoría de Trevarthen parte de un supuesto innatista, no niega el papel de la experiencia social y de la interacción con los adultos en el proceso de desarrollo comunicativo. De acuerdo con este autor, la intersubjetividad constituye un proceso a partir del cual la actividad mental (intenciones, motivaciones, emociones, intereses, cogniciones) es transmitida entre las mentes del adulto y del niño a través del lenguaje visual, táctil, auditivo, etc., implicando acuerdos de significado, de sentido común, de interpretación de significados y definición de situaciones.

Según Trevarthen, existen dos formas de contacto a través de los cuales los bebés se implican e involucran intersubjetivamente con sus figuras de crianza durante el primer año de vida:

1. Intersubjetividad primaria (2-9 meses): son aquellas interacciones cara a cara ó en formato *diádico* entre el bebé y su cuidador. A partir del segundo mes de vida el bebé interactúa con su cuidador estableciendo pautas alternadas de acción, expresando diversas emociones o respondiendo corporalmente de una manera particular ante la presencia del adulto. Por ejemplo: las protoconversaciones (gestos y vocalizaciones) del niño dirigidas a su cuidador y el ajuste de sus conductas a las respuestas de éste.

En la intersubjetividad primaria que ocurre en las interacciones entre niño-cuidador podemos observar las siguientes características:

En el niño	En el maternés del adulto
<p>-<i>Pre-lenguaje</i>: conjunto de movimientos de labios y lengua combinados con</p> <p>-<i>Gestualización</i>: movimientos de todo el cuerpo (manos, brazos, etc.).</p> <p>Ambos realizados por el niño con los ojos colocados en los de su cuidador (cara a cara) y sin sonreír.</p>	<p>Los movimientos y conductas del niño durante la intersubjetividad primaria son <i>interpretados por el adulto</i> como un intento del niño de hablar y se reconocen mediante expresiones tales como: “¿qué le dices a mamá?” “¿qué dice ese bebé?”</p>

2. Intersubjetividad secundaria (9-12 meses): son interacciones en formato *triádico* entre el bebé, su cuidador y un objeto. A partir de los 9 meses, el bebé interactúa con el adulto incluyendo objetos. Por ejemplo: comienza a mostrarle a su cuidador juguetes, a señalárselos, a realizar acciones alternadas sobre un mismo objeto compartido, etc. A partir de este momento, el niño empieza a ser capaz de integrar dos formas de actuar que en la etapa previa permanecían separadas:

- La interacción social dirigida a una persona.
- La acción dirigida a objetos.

De este modo, la intersubjetividad secundaria se asocia con aquellas situaciones en las que el bebé es capaz de combinar en la interacción con su cuidador dos tipos de actos:

- **Práxicos:** como señalar con el dedo, mostrar, dar, ofrecer, tomar, manipular objetos, así como también la *imitación práxica* que implica regular la acción sobre el objeto, resistirse, tocar con objetos, extender la mano, etc.
- **Interpersonales:** sonreír, vocalizar, mirar la cara del otro, extender los brazos hacia el adulto, tocar al otro, imitar al cuidador vocalmente, etc.

En la intersubjetividad secundaria que ocurre en las interacciones entre niño-cuidador podemos observar las siguientes características:

En el niño	En el maternés del adulto
<p>-Inicialmente, el niño permanece con su cuerpo recto, brazo y mano extendidos, alternando su mirada del objeto al adulto y viceversa, generalmente vocalizando.</p> <p>-Posteriormente, aparece la <i>señalización</i> mediante la cual el niño muestra o enseña objetos al adulto que despiertan su interés, manteniendo su cuerpo recto y extendiendo su brazo y dedo índice (conductas que el niño ha visto realizar a los adultos).</p>	<p>Aparecen expresiones tales como: “<i>sí hijo, eso es un perro</i>”, “<i>¿te gusta el perrito?</i>” en general sin intentar acercar el objeto hacia el niño.</p>

1.2.3. E. Bates y la *intencionalidad comunicativa*:



Elizabeth Bates (1947-2003) fue profesora de Psicología y Ciencias Cognitivas en la Universidad de California (UCSD) en San Diego. Destacada investigadora a nivel internacional, con doctorado especializado en la adquisición del lenguaje infantil, psicolingüística y las bases neurológicas del lenguaje. Fue una de las fundadoras del Departamento de Ciencia Cognitiva en la UCSD - el primero en EEUU-. Propone el concepto de **intencionalidad comunicativa infantil** como parte de un proceso que atraviesa por una serie de etapas, cada una de las cuales da cuenta de determinados actos comunicativos entre el bebé y sus cuidadores, esenciales para la adquisición del lenguaje hablado.

A partir de diversas investigaciones en torno al proceso de adquisición del lenguaje, la lingüística y las bases neurológicas del lenguaje, Bates (1979) propone el concepto de *intencionalidad comunicativa*. De acuerdo con esta autora, una conducta comunicativa es intencional cuando existe cierta representación mental o consciencia del objetivo perseguido y de los medios necesarios para conseguirlos. En este sentido, la intención para comunicar requiere no sólo de capacidades cognitivas, sino también afectivas y sociales. Dicha conducta es difícil de observar, ya que es interna y sólo puede ser inferida a partir de aspectos observables del comportamiento del niño.

En función de sus estudios, Bates encontró que existen una serie de indicios o señales comportamentales necesarios para reconocer la presencia de intenciones comunicativas, ellos son:

- Contactos oculares entre el niño hablante y el oyente.
- Presencia y persistencia de una señal comunicativa hasta conseguir el objetivo.
- Ritualización de esta señal.
- Manifestación de satisfacción al conseguir el objetivo.

En este sentido, según Bates, la intencionalidad en los actos comunicativos del niño es un proceso que se desarrolla gradualmente en un contexto de interacción social, en cuya evolución es posible reconocer tres etapas³:

1. **Etapa Perlocucionaria** (primeros meses de vida): caracterizada por actos comunicativos pre-intencionales ó sin intención por parte del bebé. En este momento el niño todavía no es consciente de su propio intento de comunicar. Es el adulto quien le atribuye intención a las conductas y expresiones del niño a partir de la formulación de suposiciones sobre el significado de éstas, hipótesis que le permiten responder a sus comportamientos y actuar en consecuencia. Por ejemplo: si el bebé hace tiempo que ha comido y llora, la madre cree que el niño tiene hambre. De allí que la atribución de intencionalidad por parte de los adultos a los actos y emisiones comunicativas de los niños resulta esencial para la adquisición y desarrollo del lenguaje infantil.
2. **Etapa Illocucionaria** (último trimestre del primer año de vida): se caracteriza por la presencia de una intención real en los actos comunicativos del niño, pero dicha intención es ejecutada mediante recursos no verbales (gestos, acciones, vocalizaciones, etc.). Al inicio de esta etapa el niño dirige sus gestos, conductas y movimientos hacia las personas y objetos de su entorno que tiene cerca. Por ejemplo: emite sonidos y señala el vaso o un juguete que desea alcanzar. Con posterioridad, el niño dirige sus gestos y conductas al adulto buscando atraer su atención.
3. **Etapa Locucionaria** (a partir de los 2 años de edad): se caracteriza por la presencia de una intención clara en los actos comunicativos del niño expresada mediante recursos verbales: las palabras. Esta etapa comienza a desarrollarse de manera simultánea con la segunda, ya que el niño utiliza algunas palabras junto a gestos y vocalizaciones no lingüísticas. Inicialmente, el niño se dirige

³ Estas etapas se basan en la teoría de los actos de habla (Austin, 1962) que afirma que en todo acto de habla -entre adultos- se realizan sincrónicamente tres actos: un acto perlocutivo -el efecto en el receptor-, uno ilocutivo -la intención del emisor- y uno locutivo -la emisión lingüística propiamente dicha-. En el ámbito del desarrollo empieza a emerger la idea de que los componentes perlocutivos, ilocutivos y locutivos podían presentarse en forma secuencial en el desarrollo ontogenético. Entonces, comenzó a verse que tras los gestos, expresiones emocionales y movimientos previos al habla, moraba la intención del niño de comunicarse con otros.

al adulto como recurso, es decir, le atribuye al adulto la capacidad de que deduzca lo que realmente está pidiendo. Por ejemplo: cuando un niño ve a un amigo comiendo chocolate y sutilmente le dice al adulto: “a mí también me gustan, en mi casa también me dan”. Con posterioridad, el niño se dirige al adulto como interlocutor, momento a partir del cual aparece una intencionalidad o propósitos comunicativos realmente compartidos entre el niño y el adulto.

En la tabla II puede verse una síntesis de las etapas en el desarrollo de la intencionalidad comunicativa según Bates:

Tabla II: Síntesis del Desarrollo de la Intencionalidad Comunicativa Infantil según E. Bates:

Etapa	Etapa	Etapa
PERLOCUCIONARIA	ILOCUCIONARIA	LOCUCIONARIA
Actos comunicativos PRE-INTENCIONALES ó SIN INTENCIÓN	Actos comunicativos con INTENCIÓN REAL mediante recursos NO VERBALES	Actos comunicativos INTENCIÓN CLARA mediante recursos VERBALES

2. Construyendo una definición de lenguaje

La principal característica del lenguaje humano es su capacidad de elevar los elementos de la realidad al más alto grado de abstracción separándolos, por lo tanto, de esa realidad; es decir, su capacidad de ensanchar considerablemente los marcos de la realidad, extendiéndola hacia el pasado y hacia el futuro e incorporándole nuevos valores que le son inherentes. Cada lenguaje constituye un medio de transmisión de cultura y pensamiento posible gracias a que sus usuarios han acordado acerca de los símbolos y reglas que lo componen (Azcoaga y cols., 1992). El acuerdo social que existe sobre un tipo de lenguaje da lugar a un código compartido que permite tanto la representación de objetos, sucesos y/o relaciones como el intercambio de información. De aquí que Owens (2003, p. 5) define al lenguaje como “un código socialmente compartido o un sistema convencional, que sirve para representar concretos mediante la utilización de símbolos arbitrarios y de combinaciones de éstos, que están regidas por reglas”. Estas reglas proporcionan un orden al lenguaje y permiten a los usuarios del mismo discriminar qué símbolos deben utilizar a la hora de transmitir un mensaje. Asimismo, F. Saussure (1964) -uno de los principales referentes de la lingüística- define al lenguaje como perteneciente a diferentes dominios como lo son el físico, el fisiológico y el psíquico; además de los dominios individual y social, considerando además que no puede concebirse uno sin el otro.

Sin embargo, como hemos visto, la definición de lenguaje varía según la teoría sobre su concepción desde la cual se apoya. Para Skinner (1957) el lenguaje se define como un comportamiento verbal y que está constituido por respuestas que el niño

aprende por condicionamiento. En cambio, para Chomsky es un conjunto finito o infinito de oraciones, cada una de ellas de longitud finita y construida a partir de un conjunto finito de elementos (Chomsky, 1957).

Por lo tanto, el lenguaje es un objeto de investigación extremadamente complejo, no sólo por la diversidad de teorías que existen acerca de qué es y cómo ocurre la adquisición y desarrollo del lenguaje, sino también por la gran cantidad de elementos que lo componen (de los cuales aquí sólo se nombran y definen unos pocos) y que participan no sólo de los procesos inherentes al lenguaje hablado sino también de otras formas del lenguaje como lo son la lectura y la escritura, por ejemplo.

Componentes del lenguaje

La relación del ser humano con el lenguaje comienza ya desde la vida intrauterina (Karmiloff y Karmiloff-Smith, 2005). Numerosos estudios han demostrado que desde la semana veinte de gestación el nivel de desarrollo del sistema auditivo del feto es capaz de procesar ciertos sonidos que provienen del cuerpo de su madre, como por ejemplo el latido de su corazón. De esta manera, el feto es estimulado con los sonidos internos pero también y, principalmente, externos correspondiente al lenguaje humano. A partir del sexto mes de gestación el bebé pasa mucho de su tiempo procesando los sonidos lingüísticos y familiarizándose con la voz de su madre y la lengua materna, al igual que con la prosodia del lenguaje -entonación de las oraciones y pautas rítmicas de las palabras- que estructuran el habla (Karmiloff & Karmiloff-Smith, 2005). Habiendo tenido múltiples experiencias de acercamiento a los sonidos de su lengua materna, principalmente a través de las conversaciones de su madre, el recién nacido llega al mundo fuertemente estimulado para sentirse especialmente atraído hacia el habla humana y dotado biológicamente para adquirir el lenguaje (Borzzone de Manrique, 1989). Así, si bien el bebé humano nace con las condiciones neurofisiológicas para aprender a comprender y producir el lenguaje, juega un rol importante en todas las etapas de ese proceso el medio social que rodea al infante (Borzzone de Manrique, 1989).

De esta forma, en el proceso de adquisición de la lengua interactúan tres componentes del lenguaje (Bloom y Lahey, 1978): la forma -que incluye la sintaxis, la morfología y la fonología-, el contenido -que abarca la semántica- y el uso -o pragmática-. “Estos cinco componentes, sintaxis, morfología, fonología, semántica y pragmática, constituyen el sistema fundamental de reglas de uso del lenguaje” (Owens, 2003, p. 16). Veamos ahora en detalle cada una de ellas:

- **Sintaxis:** Es la estructura de un lenguaje. Las reglas de organización del lenguaje que especifican cómo deben ordenarse y estructurarse las oraciones y las relaciones entre las palabras para reproducir enunciados gramaticalmente significativos. La sintaxis del lenguaje comprende la formación de las estructuras lingüísticas de las que se componen la oralidad y la escritura competentes de los diferentes idiomas. Es una característica propia de la fase lingüística del desarrollo psicológico y se estructura de manera muy rudimentaria en un principio: a partir de la aparición de palabras sueltas con la función de etiquetas y luego con la aparición de la holofrase o palabra frase. En este punto la sintaxis

no está articulada, pero eso luego se sucede con la aparición del habla telegráfica, las primeras oraciones compuestas, las preguntas y posteriormente con la articulación de unidades de sentido con estructuras gramaticales cada vez más complejas. En algún momento entre los 20 y 30 meses, los niños muestran una creciente competencia en sintaxis, las reglas para armar las oraciones en su idioma. Se sienten más cómodos con los artículos (un, el, la), preposiciones (en, sobre), conjunciones (y, pero), plurales, terminaciones verbales, tiempo pasado y formas del verbo ser (soy, son, es).

- **Morfología:** se trata de la organización interna de las palabras; es decir de cómo se combina cada uno de los morfemas -unidad mínima de significado que existe en una lengua; unidad gramatical más pequeña- para formar una determinada palabra
- **Fonología:** se ocupa de las reglas que rigen la estructura, distribución y secuencias de los sonidos del habla o fonemas –unidad sonora más pequeña que puede reflejar una diferencia de significado-, y la configuración de las sílabas. Cada lengua posee un subconjunto de fonemas que no existen en otras lenguas, por lo cual los niños y niñas durante su desarrollo aprenden a discriminar, producir y combinar los sonidos propios de su lengua materna para así asignar un sentido a los que dicen y escuchan.
- **Semántica:** Se refiere a los significados de las palabras y enunciados. Tiene que ver con las relaciones existentes entre la forma del lenguaje y las percepciones sobre los objetos, acontecimientos y relaciones (o sea, pensamiento) de los involucrados en el proceso de comunicación; ya que las palabras que utilizan los seres humanos no representan la realidad en sí misma sino sus propias concepciones acerca de la misma. Los aspectos semánticos tienen que ver con la función de estas palabras etiquetas que mencionamos al hablar de sintaxis. Es decir, con la capacidad referencial del lenguaje o, como lo ha explicado extensamente Piaget, de la función semiótica o simbólica del lenguaje. La capacidad que tiene el lenguaje para significar aquello que no está directamente presente, sino que está más lejos, escondido o incluso que no está. Así, la fase lingüística es aquella en la que propiamente etiquetamos y comenzamos a referir mediante nuestras palabras haciendo que los objetos y las acciones se vuelvan significativos, de hecho desarrollamos una enorme capacidad referencial aun cuando no tenemos las herramientas sintácticas para expresarla adecuadamente. Es como si lentamente pudiésemos volcar todo el contenido semántico que sabemos manejar previamente, en las expresiones gramaticales adecuadas. Este aspecto se muestra por ejemplo en que tenemos antes mayor capacidad para entender palabras que para comprenderlas, o por ejemplo en una vasta colección de errores sintácticos comunes en niños de los más diversos idiomas que incluyen a los niños sordos. Los niños comprenden las relaciones gramaticales, pero aún no pueden expresarlas. Al principio, es posible que Nina comprenda que un perro está persiguiendo a un gato, pero no puede hilar suficientes palabras para expresar la acción completa. La oración resultante es “perrito persigue”, en lugar de “el perrito persigue al gatito”. Los niños subextienden los significados

de las palabras. El tío de Lisa le regaló un carro de juguete, que la niña de 13 meses llama “Ka-dito”. Entonces su padre llega a casa con un regalo y le dice: “Mira Lisa, aquí tengo un carrito para ti”. Lisa niega con la cabeza. “Ka-dito”, dice y corre a traer el coche que le trajo su tío. Para ella, ese coche —y sólo ese coche—era un carrito, y llevó algún tiempo para que la niña llamase a todos los demás coches de juguete con el mismo nombre. Lisa subextendió la palabra carro al restringirlo a un solo objeto. Los niños también sobreextienden los significados de las palabras. A los 14 meses, Eddie salta emocionado ante la presencia de un hombre con cabello gris en la pantalla de televisión y grita: “¡Abuelo!” Eddie está sobreextendiendo o sobregeneralizando una palabra; piensa que porque su abuelo tiene el pelo gris, todos los hombres con esa característica deberían ser llamados “abuelo”. A medida que los niños desarrollan un vocabulario más amplio y obtienen retroalimentación de los adultos acerca de la idoneidad de lo que dicen, sobreextienden menos. Los niños regularizan en extremo las reglas. Las aplican de manera rígida, sin excepción, como cuando Delilah, de 21 meses de edad, al mirar junto con su padre por la ventana durante un día nublado, repitió después de él: “airoso... nebuloso... lluvioso...”, y luego añadió “frioso”. Por ejemplo, cuando los niños aprenden por primera vez las reglas para, en este caso, la formación de adjetivos a partir de sustantivos, las aplican de manera universal. El siguiente paso es aprender las excepciones para las reglas, lo cual generalmente logran para el principio de sus años escolares (Papalia 2005).

Ahora bien, teniendo en cuenta los aspectos sintácticos y semánticos del lenguaje sólo podríamos estudiar la adquisición del mismo llegada la fase lingüística de su desarrollo.

- **Pragmática:** trata sobre la manera en que se utiliza el lenguaje para comunicarse eficazmente en diversos contextos sociales; o sea, constituye un conjunto de reglas relacionadas con el uso del lenguaje en un determinado contexto comunicativo. Sólo la faceta pragmática del lenguaje es aquella que nos ofrece los elementos para estudiar y acompañar el desarrollo del lenguaje en la fase prelingüística. Piaget, que se ha preocupado principalmente por el desarrollo cognitivo, es decir racional, prestó poca atención a sus aspectos sociales y emocionales en los que se asienta la motivación interpersonal que mueve la especialización en el lenguaje. En este sentido, la pragmática del lenguaje es aquella faceta del mismo que define lo que sucede contextualmente para la comunicación: la colaboración, la atención conjunta o mutua, la entonación con el otro que luego se sucede por la inferencia de una mente en el otro, la intersubjetividad primaria con ese otro y la secundaria en la que ya triangulamos con los otros y los objetos. Esta dimensión del lenguaje es la que abrieron para el estudio autores como Vygostki con la postulación de una zona de desarrollo próximo que debía ser sostenida y andamiada por el vínculo entre el infante y la persona adulta; y también lo podemos observar en la propuesta de los formatos que elabora Bruner, en la propuesta de Trevarthen y la de Bates que acabamos de ver. La dimensión pragmática del lenguaje nos permite abordar

todos aquellos elementos prácticos en los que se asienta el uso del lenguaje, las formas protoconversacionales que involucran los ritmos, turnos y tonalidades que caracterizan el habla dirigida al niño, las inferencias contextuales de significado, el uso de señales y señalamientos, la capacidad de 'hacernos entender' que tenemos antes de empezar a hablar pero que mantenemos toda la vida en diferentes situaciones y que caracteriza los efectos perlocutivos del lenguaje. Es clave comprender que lo que pone en el centro de la escena el estudio de la dimensión pragmática del lenguaje es que son los sistemas afectivos, emocionales y sociales los que conforman los equipamientos con los que venimos dotados para sostener el ejercicio, de la vinculación interpersonal: en la que nos hacemos expertos desde la primera infancia y que es el andamiaje del desarrollo de nuestras funciones cognitivas más finas. Como lo apunta Trevarthen (2005) el aprendizaje del significado y de la cultura en todas sus formas requiere de actividades conjuntas de experimentación y disfrute. Desde el nacimiento al comienzo del lenguaje los y las niñas hacen movimientos muy expresivos, buscan tener aventuras e ideas junto a sus acompañantes que cobran sentido siendo compartidos, interpretados y continuados; el niño educa al adulto para descubrir significados que tienen coherencia con sus acciones, pero los adultos deben estar sensibles a que están cumpliendo un rol específico en esa diada en la que se ejercita la pragmática específica del lenguaje junto a la que se están montando la semántica y la sintaxis.

Tal como lo relata con precisión Silvia Español (2010) el espacio teórico preciso para que el Habla Dirigida al Bebé se vislumbrara como un fenómeno de interés se completó con los estudios de las últimas décadas sobre las precoces capacidades de percepción/acción del bebé: sólo es posible pensar en los efectos de las transformaciones que los adultos introducen en su modo de hablar si suponemos que el destinatario de estos cambios es también capaz de percibirlos. William James, Jean Piaget, Sigmund Freud y en algunos aspectos también Lev Vygotski concibieron un bebé sin capacidades de discriminación y categorización perceptuales al nacer, sin habilidades o tendencias sociales. Pero si el bebé se orienta y es atraído por las personas desde el inicio, si desde los últimos meses de vida in útero percibe el sonido del lenguaje, si en cuanto nace lo prefiere a otros estímulos sonoros, si es capaz de reconocer su lengua materna y diferenciarla de otras, entonces sí, es posible suponer que las transformaciones del habla de los adultos cuando se dirigen a los pequeños en el Habla Dirigida al Bebé están sustentadas por motivos profundos y radicales. Estudios de laboratorio de las últimas décadas indican la existencia de preferencias estimulares en el neonato hacia parámetros que definen la voz y el rostro humano, así como precoces capacidades de interacción social. En relación con el lenguaje, son muchos los datos que sugieren que los bebés están biológicamente presintonizados y dispuestos para procesar los sonidos del habla: prefieren estímulos de la longitud y frecuencia de onda que caracterizan la voz humana y específicamente prefieren la voz materna a otras (más aún cuando ésta se modifica de forma que se hace corresponder a las características del input que han percibido en los últimos tres meses de vida intrauterina), distinguen y prefieren su lengua materna a partir de rasgos muy globales como la prosodia o las cualidades rítmicas del habla.

Son estos componentes los que dan estructura lingüística a los contenidos que se quieren comunicar, posibilitando un intercambio lingüístico significativo con otros.

Aspectos claves en la adquisición del lenguaje

En función de lo anteriormente expuesto, podemos sintetizar una serie de aspectos clave que definen la adquisición del lenguaje:

- La construcción del lenguaje por parte del niño procede de la comprensión de la comunicación antes que el lenguaje articulado. Los niños “comprenden” el lenguaje antes de “producirlo”.
- Los niños adquieren primero el sistema de sonidos de su lengua nativa independientemente del significado, y luego lo funden con gestos comunicativos para producir el habla.
- La emisión de una palabra en el niño implica dos aspectos: la adquisición de un léxico mental y el uso de palabras sueltas para expresar grupos más grandes de significado.
- El entorno social de los niños prelocutivos implicado en el “habla dirigida al niño” o “maternés” reviste unas características fonológicas y prosódicas particulares que facilitan la adquisición del habla
- Mucho antes que los niños empiecen a hablar de manera comprensible las personas de su entorno los exponen de manera natural a los usos sociales del lenguaje.

Como puede verse, la adquisición del lenguaje durante los primeros dos años de vida viene fuertemente determinada en cómo las personas más próximas al entorno del niño interactúan con él. Estos contactos sociales previos al lenguaje verbal son absolutamente necesarios para la aparición del lenguaje hablado. Es a través de los contactos con los otros, donde el lenguaje verbal todavía no está implicado, que el niño va incorporando y aprendiendo lo que se denomina “prerrequisitos del lenguaje” (Carroll, 2006).

3. Etapas en la adquisición del lenguaje

3.1 Etapa pre-lingüística o preverbal

Se considera que la etapa preverbal involucra desde el nacimiento y hasta los 10-12 meses de vida e implica un lenguaje que se caracteriza fundamentalmente por la expresión buco-fonatoria donde el infante emite gran cantidad de sonidos onomatopéyicos. Durante esta etapa, que abarca el primer año de vida, la comunicación que establece el niño con su medio (familia), especial y particularmente con su madre, es de tipo afectivo y gestual. La estimulación lingüística que la madre realiza, junto con el lenguaje afectivo y gestual, debe implicar al lenguaje verbal. La palabra debe acompañar siempre al gesto y a las actividades de la madre con su hijo. Hasta hace poco tiempo, esta etapa pre-verbal despertaba escaso interés en los especialistas, sin embargo, hoy se sabe que tiene un valor relevante y trascendental en la configuración de las bases

del desarrollo lingüístico. Tanto las expresiones vocales (sonidos o grupo de sonidos) como las expresiones verbales (palabras aisladas) influyen de modo determinante en el desarrollo.

Durante la etapa pre lingüística observaremos en el bebé:

- La emisión de los primeros sonidos y gestos relevantes para el comienzo de la comunicación humana y sus funciones
- Comportamientos fonéticos como reacción a la lengua y acciones que percibe a su alrededor, que se extienden posteriormente a una forma básica de comunicación con su entorno.

Millán Chivite (1977) establece tres funciones básicas para este período:

- Ejercitación articulatoria y auditiva: primero, sólo exploratoria de diversos sonidos; luego, también voluntaria o intencional respecto al sonido que se quiere emitir o captar.
- Identificaciones y diferenciaciones fónicas, que implican producir el mismo sonido que se escucha o uno diferente
- Respuesta al entorno fónico, que incluye estímulos como ruidos de la naturaleza, de los animales, de objetos o de la lengua hablada

Generalmente se establece que la etapa pre lingüística comprende las siguientes subetapas (Castañeda, 1999):

a) Del nacimiento al mes y los dos meses de edad

Nacimiento y Primer Mes de Vida: Los intercambios biológicos que definen los primeros encuentros madre-hijo durante el periodo que rodea al nacimiento aseguran la supervivencia y van estableciendo el primer intercambio social entre ambos. La madre regula los procesos de alimentación, sueño y actividad teniéndose que adaptar a su vez a los ritmos del bebé. En este primer periodo de socialización mutua los padres hablan al bebé en los intercambios cotidianos, como alimentación, baños, etc. y esto favorece los mecanismos innatos que el bebé trae para el intercambio con los adultos. El bebé nace con una disposición innata a la comunicación humana prefiriendo tempranamente los rostros humanos frente a cualquier otro estímulo, utilizando el llanto y luego la sonrisa para comunicar sus emociones, comunicando con gestos su percepción de los estímulos del medio y marcando una marcada preferencia por los estímulos sociales tales como las voces humanas. Por su parte, se muestran especialmente dispuestos a 'atender' estas señales y conferirles especificidad (Villanueva, 1999). El llanto es la expresión por excelencia durante el primer mes. En esta etapa indiferenciada en cuanto al tono y tipo de emocionalidad subyacente. Con el llanto, el bebé pone en funcionamiento el aparato fonador, permitiéndole también la necesaria oxigenación de la sangre y el establecimiento de la respiración normal.

Segundo Mes de Vida: Cerca del inicio del segundo mes el llanto cambia e involucra contenidos afectivos modificándose con las manifestaciones de dolor, hambre u otra molestia. A partir de ahora las variaciones de tono se relacionarán con el estado de bienestar o malestar del bebé. Con el llanto el bebé logra comunicar sus necesidades al mundo que le rodea y, como se da cuenta de que gracias al llanto sus

necesidades son satisfechas, lo usará voluntariamente, ya no siendo un mero reflejo o sonido indiferenciado. De esta manera el bebé, aunque todavía no puede expresar lo que siente, se comunicará cada vez mejor con su entorno, fundamentalmente la madre, comprendiendo también cada vez mejor lo que ésta le comunica. Schaeffer sostiene que a los dos meses los bebés descubren al “compañero social” iniciándose un período denominado de interacciones cara a cara que implicarían las primeras interacciones interpsicológicas. El adulto, como principal protagonista, se encarga de mantener la atención del niño y provocar la interacción. En estas interacciones, que tienden a ser lentas, repetitivas y ordenadas, el niño cada tanto emite una vocalización, y los adultos van “organizando” el dialogo para hacer intervenir cada vez más al niño. Así el niño se va convirtiendo en un participante cada vez más activo.

b) De los tres a los cuatro meses de edad

Al inicio del tercer mes el bebé ya produce vagidos, sonidos guturales y vocálicos que duran de 15 a 20 segundos. Puede aparecer su primer “ajó”, respondiendo a los sonidos humanos mediante sonrisas o arrullos. Sus vocalizaciones ya pueden mostrar alegría expresando sus manifestaciones de placer mediante consonantes guturales “ga. ga”, “gu.gu” y su displacer mediante consonantes nasalizadas como “nga”, “nga”. El bebé sabe distinguir las entonaciones afectivas, reaccionando con alegría, sorpresa o temor ante el tono de voz, especialmente de sus padres. Hacia los cuatro meses aparece el **balbuceo o laleo**, que consiste en la emisión de sonidos mediante repetición de sílabas como “ma...ma”, “ta...ta”, “ba...ba” y otras. Disfruta de su balbuceo y ríe. El interés del niño por las personas, así como su comunicación, que estaba limitada a lo afectivo durante el 2do. y 3er. mes de vida, comienza a ampliarse hacia los objetos hacia el 4to. mes. A partir del cuarto mes el niño centra más su atención en el mundo exterior y en los objetos. Siguiendo a Piaget el bebé ingresa en la etapa de las reacciones circulares secundarias, en las que el objeto de sus actividades ya no es su propio cuerpo sino algo externo a él (como por ejemplo un sonajero). Paralelamente con esto el niño va tomando conciencia de que sus fonaciones, gorgogeos y ruidos guturales diversos producen efectos a su alrededor y aprende a comunicar algo a alguien. El niño va aumentando sus vocalizaciones, comienza a jugar con ellas emitiendo variados sonidos vocales y fonaciones dirigidas por lo general a la madre, quien los atiende, entiende e interpreta estimulando y propiciando así su desarrollo lingüístico. Bruner sostiene que entre los 4 y 6 meses se dan entre el niño y el adulto los llamados “formatos” que implican interacciones pautadas del tipo de juegos del “toma y daca” en la comunicación gestual, afectiva y verbal con la madre. Estos revisten una importancia decisiva en el desarrollo de la comunicación social y se establecen como verdaderos “diálogos” entre el adulto y el niño. El mejor control de la postura y los movimientos desempeña un papel fundamental en la atención que el niño puede dedicar a los intercambios con el mundo exterior. La estabilidad postural, el control de la cabeza y la posibilidad de sentarse son factores claves en el cambio de interés del niño de su propia persona al mundo de los objetos. Los “formatos” dialogales se establecen entre niño-objeto-adulto mediante estos juegos estructurados en un marco estable y pautados como un “diálogo” mamá-bebé.

c) De los cinco a los seis meses de edad

El balbuceo o primer intento de comunicación que apareció hacia los 3/4 meses de edad, se extiende hasta el mes 8/9 de vida y su progresión paulatina origina hacia el quinto y sexto mes lo que se denomina “imitación de sonidos”. El niño comienza imitando los sonidos que él mismo produce repitiendo más tarde los sonidos de otros miembros del entorno. En esta edad se dan estructuras de entonación claramente discernibles en ciertas vocalizaciones en las que pone énfasis y emoción. El niño pronunciará primero sonidos vocálicos donde predomina la “a”, “e”, “o”, apareciendo el resto de las vocales “i”, “u” de manera posterior. Entre las consonantes las primeras en aparecer son la “p”, “m” y “b”, mientras que al aparecer los dientes se escuchan las primeras “d” y “t”. Las últimas consonantes en aparecer son la “l” y la “r”. Así, al sexto mes ya se escuchan claramente en el niño sonidos vocálicos y consonánticos, lo que marca un progreso con a los gritos y distintos sonidos laríngeos de los primeros meses. Suele denominarse **balbuceo reduplicado** a la repetición de una secuencia consonante-vocal como “babababa”. Más tarde, en torno a los 10 meses, éste será reemplazado por el balbuceo heterogéneo en el que las cadenas silábicas se componen de consonantes y vocales diferentes como “bigodabu”. A esta edad el niño ya comienza a reconocer los sonidos básicos de su lengua por lo que un contexto que favorezca la estimulación del lenguaje resulta fundamental. En esta etapa del desarrollo no solamente conviene aumentar las vocalizaciones, gestos, sonrisas y demás expresiones en el seno del hogar, sino que además la comunicación verbal debe ser estimulada permanentemente entre los adultos y el niño mediante la repetición, articulación de sílabas de manera conjunta con el bebé, los juegos de palabras y la producción de sonidos diversos.

d) De los siete a los ocho meses de edad

En estos meses comienza lo que se denomina la “protoconversación”. Comienza la etapa del parloteo donde el bebé emitirá más sílabas seguidas del tipo “da-da”, “ba-ba”, “ma-ma”, a modo de respuesta a sus conversaciones con el adulto. El parloteo que implica la repetición de series de consonantes seguidas de vocales a menudo se toma erróneamente como la primera palabra del bebé, hecho que ocurrirá cercano al año de vida. El parloteo no es un lenguaje real ya que carece de significado para el bebé, aunque se parece más a las palabras. En esta etapa los intercambios vocales que se dan entre la madre y el niño son ricos y permiten afirmar y mantener el contacto social entre ambos que, aunque no posean contenidos con significado, la estructura del tiempo destinado a los mismos así como su función, basada en los principios de sucesión y reciprocidad, parecen tomar la forma de una “verdadera conversación”. A partir de esta edad el niño modifica su modalidad de intercambio con el adulto, donde ya no será predominantemente de demanda sino de intercambio y reciprocidad en las interacciones. Los formatos descritos por Bruner característicos de los juegos de dar y el recibir objetos, donde se los nombra a la vez que madre-hijo se miran a la cara y miran el objeto de manera conjunta, se acrecientan a esta edad enriqueciendo las habilidades comunicativas del niño. Estas “conversaciones” entrenan tanto la adquisición del habla como la socialización. En esta edad el niño realiza múltiples vocalizaciones espontáneas, tanto vocálicas como consonánticas próximas a la palabra que ayudarán al niño a pronunciar sus primeras palabras. Aquí las vocalizaciones alternantes entre la madre y niño, permitirán el acceso temprano al lenguaje.

e) De los nueve a los diez meses de edad

Entre los 9 y 10 meses los bebés comienzan a imitar los sonidos, aunque todavía sin comprenderlos. El bebé realiza una imitación accidental de los sonidos del lenguaje que escucha y se imita a sí mismo produciendo estos sonidos. Algunos autores llaman a esto ecolalia o preparleta, en la que aparecen emisiones articuladas intencionalmente como respuesta e imitando las entonaciones que escucha en los adultos. La imitación es deliberada pero la comprensión todavía no está presente. Como poseen un repertorio de sonidos, que disponen en patrones determinados, sus vocalizaciones se escuchan “como un lenguaje” pero no poseen significado. Puede que el niño empiece a decir palabras cortas, pero no es más que la repetición de lo que dicen los demás, pues es todavía imitación. El niño responde repitiendo las palabras que el adulto expresa con mayor o menor grado de ajuste a su expresión real. La incorporación de los músculos accesorios del habla y de la masticación aumenta la destreza de la lengua y de los labios, favoreciendo la vocalización articulada, lo que puede hacer que algunas expresiones del niño se escuchen claramente como palabras. El niño muestra especial interés por comunicarse imitando gestos y sonidos. Las repeticiones espontáneas que suelen ser reforzadas por los padres, quienes también imitan y repiten varias veces con él acelerando la adquisición del lenguaje. A los 9 meses aparecen las primeras señas para comunicarse y los gestos sociales convencionales. A esta edad ya puede verse el “señalamiento” acompañando las vocalizaciones. Por ejemplo, la expresión “pa...a” del niño, señalando con su mano la panera, puede corresponderse con la intención del niño de querer pan. Dentro de los gestos sociales convencionales comienza a aparecer el decir adiós con la mano o mover la cabeza diciendo no.

f) De los once a los doce meses de edad

A esta edad el niño acrecentará la imitación de sonidos, la gran mayoría todavía sin comprensión. Puede emplear idénticas palabras que el adulto pero no les atribuye el mismo significado. Al año de vida, los significados que va atribuyendo a las palabras se van aproximando a los significados atribuidos por el adulto. Cuando esto ocurre se da comienzo al habla lingüística. En los intentos del niño por reproducir las palabras del adulto ocurren simplificaciones donde una palabra puede tener un efecto generalizador o puede sustituir letras o sílabas o directamente suprimirlas. De esta forma el niño se ve obligado a simplificar el lenguaje adulto, sin que esto signifique que no comprenda, sino que su capacidad expresiva es todavía bien limitada. Como se mencionó, cuando hacia los 12 meses el niño pronuncia sus primeras “palabras” de dos sílabas directas con atribución de significado (como “mamá” o “papá”) da inicio a la siguiente etapa denominada lingüística o verbal, sustituyendo progresivamente el lenguaje gestual y “superando” la simplificación del lenguaje adulto a medida que va incrementando su léxico. El intercambio gestual mímico y verbal en las comunicaciones con el adulto resultan fundamentales para la transición a la etapa lingüística, acompañado de la conducta de “dar y tomar” característica de los intercambios madre-hijo.

3.2 Etapa lingüística o verbal

Al final del primer año comienzan a fundirse dos aspectos del desarrollo del lenguaje: el uso de gestos para transmitir significado y el dominio de los sonidos del

habla; el niño ya es capaz de utilizar los sonidos del habla para comunicar significado. La producción de lenguaje a partir de los 12 meses implica la utilización de las primeras palabras para designar algo, el niño utiliza palabras sueltas para expresar sus intenciones, por lo que se lo suele llamar de la “palabra única”. Estas primeras palabras implican el primer anuncio del lenguaje cargado de un propósito de comunicación.

Luego del año de vida, tres factores colaboran en la producción del habla lingüística:

- Mayor control del sistema de producción del habla, que permite al niño producir sonidos con mayor precisión.
- Maduración cognitiva, que permite al niño expresar los intentos comunicativos.
- Inicio de la función simbólica, que permite al niño tomar conciencia de que los objetos concretos se representan mediante símbolos específicos del lenguaje (las cosas tienen nombre).

La variabilidad brindada por los contextos de estimulación y las características propias del niño ha llevado a que la etapa lingüística se considere en forma amplia a partir del año de vida, estableciendo un margen que llega hasta los 18 meses para la producción de la primera palabra.

Dentro del período lingüístico se consideran las siguientes subetapas:

a) De los doce a los catorce meses de edad

A esta edad el niño ya responde con exclusividad a los sonidos de su propio lenguaje y pronuncia su primera palabra con objetivos designativos. Ya puede decir de 3 a 5 palabras (mamá, papá, caca, etc.) con significado. Comienza a utilizar las formas fonéticamente convencionales de la comunidad lingüística sin embargo, posee un pobre repertorio léxico que lo lleva a la utilización de las denominadas “holofrases” (palabra-frase), en la que emite frases de una sola palabra o elementos con varios significados para designar una cosa. Por ejemplo, la palabra “abe” (abrir) lo utiliza para expresar diferentes acciones: abrir una puerta, pelar una fruta, sacar una tapa, correr una cosa, etc. Por esta época, los primeros pasos de comunicación verbal del niño se caracterizan por un incremento en la “denominación”, pues, ya sabe utilizar el nombre de las personas de la familia y otros próximos a él, y cuando comienza su “conversación” emplea palabras que sirven de reclamo o llamada como “¡miá, miá!” (mirá, mirá), etc. A esta edad, la indicación o señalización que apareció a los 10 meses se acompaña de la palabra que se refiere al objeto. El niño dice palabras que designan el objeto de la acción, la acción misma o la persona que ha de realizarla, aunque todo esto lo hace apoyándose todavía en los gestos. Comienzan a aparecer los primeros *gestos simbólicos y representacionales* como levantar los brazos para que le hagan upa o soplar para indicar que algo está caliente. Estos gestos suelen aparecer junto con las primeras palabras y cuando el niño los utiliza muestra su comprensión de que los símbolos pueden referirse a objetos concretos. Estos gestos suelen desaparecer cuando los niños aprenden la palabra que expresa la idea que expresaba el gesto y ayudan al niño en el aprendizaje del lenguaje. Las primeras palabras que el bebé aprende son las que escucha con mayor frecuencia: su nombre, “no”, etc. Es común que en esta etapa los niños inventen sus propios símbolos para hacer referencia a objetos o situaciones de su entorno. Estas palabras personalizadas reciben el

nombre de “neologismos”. La expresión de estas palabras idiosincráticas es coherente, si un niño utiliza “me ma” para referirse a leche, utilizará siempre la misma expresión. En ocasiones los neologismos son simplificaciones del habla adulta o están relacionados con los sonidos de los objetos a los que hacen referencia (mema con mamadera).

Los neologismos revelan:

- un lenguaje infantil creativo: los niños no se limitan a imitar el lenguaje que escuchan sino que a veces se hacen con él y lo utilizan de forma diferente
- la importancia de ser coherente al referirse a los objetos: ya no emplean sonidos combinados de forma aleatoria sino que saben que un conjunto de sonidos designa siempre la misma cosa aunque desconozcan que los objetos tienen nombre o no los conozcan aún.

Los neologismos son una fase transitoria entre el balbuceo y la producción de palabras auténticas, lo que indica que la conciencia infantil de los procesos comunicativos puede preceder a su conocimiento de la estructura del lenguaje. La comprensión de las palabras en el bebé está primero que la posibilidad de su expresión. Es decir, su vocabulario pasivo se desarrolla más rápidamente que su vocabulario activo. Por ejemplo, los niños de esta edad comprenden con claridad los calificativos que emplea el adulto (bueno, malo, agradable o desagradable), la negación y la oposición del adulto, e incluso la interrogación como actitud. De este modo el niño desde los 12 meses de edad inicia un largo y complejo proceso de desarrollo y, poco a poco, los significados que atribuye a las palabras se van aproximando a los significados atribuidos por el adulto. Pero, para que esto ocurra de una manera óptima, es importante que los padres estimulen léxicamente al niño, tratando de asociar siempre en las “conversaciones” el significado fónico (palabra hablada) con el significado (objeto al que hace referencia la palabra), tocando y mostrando el objeto para que el niño asocie y fije la relación en su cerebro.

b) De los quince a los dieciocho meses de edad

A los 15 ó 16 meses el niño se encuentra en plena etapa holofrástica (palabra-frase). Las holofrases como “palabras sueltas” representan aserciones completas, por lo que reflejan la continuidad del lenguaje a partir de los gestos prelocutivos así como del habla menos compleja y ambigua a la gramaticalmente correcta. Estas palabras holofrases, que funcionan en el niño como una frase en el adulto, son emitidas con diferentes matices de tono (similar al de una pregunta, descripción...) y contienen un mensaje, una intención (pedir, rechazar, negar....) mucho más rico y complicado que el significado de la palabra en sí y que solo puede interpretarse en un contexto concreto. Con las holofrases, aunque el niño apenas tiene conocimientos gramaticales, es capaz de transmitir ideas completas que más adelante transmitirá mediante oraciones, expresando de forma selectiva los aspectos particulares de una situación. Se han establecido relaciones semánticas presentes en el habla de una sola palabra que expresan cómo en su emisión, el niño efectivamente utiliza el entorno de maneras diferentes. Por ejemplo, “papá” utilizado en un contexto en el que el padre llega a casa expresaría la relación de agente, si lo dice señalando la silla de su padre indicaría relación de posesión, si el niño dice “Laura” al ver la cama vacía de su hermana estaría expresando relación de

poseedor, etc. En esta etapa los niños ya captan bien los componentes prosódicos del lenguaje y suelen acompañar estas holofrases con diferentes entonaciones, inflexiones de su voz o gestos que los ayudan a contextualizar la situación. A esta edad el niño ya puede producir entre 5 a 15 palabras. Einsenson sostiene que en esta etapa surge el habla verdadera y señala que el niño utiliza palabras para producir acontecimientos o llamar la atención de los demás. Además de neologismos, el aprendizaje de las primeras palabras suele implicar:

- reducciones (omite o elimina partes (letras o sílabas) de una palabra (bana por banana)
- reduplicaciones: repite sílabas de una palabra (tete por chupete)
- subextensiones y sobre extensiones: una palabra determinada se utiliza sólo para un objeto o elemento de la misma clase y no para todos ellos (la palabra “cu cu” designa sólo al pájaro que tiene como mascota en su casa pero no a todos los pájaros o la palabra “cu cu” se utiliza para designar a cualquier tipo de ave u objeto similar)

A partir de los 16 ó 17 meses hasta los dos años de edad, el niño hará cada vez más frecuentemente el uso de combinaciones espontáneas de varias palabras y frases, incrementando el caudal de palabras en su expresión.

A los 17 meses el niño extiende cada vez más su repertorio lingüístico y comienza a hacer combinaciones de dos palabras. En esta edad, la identificación y denominación de objetos, figuras y diferentes partes del propio cuerpo, son ejercicios muy recomendables para el desarrollo del lenguaje verbal del niño.

Así, en el rango etario comprendido entre los 12 y 18 meses de edad la “comprensión” del lenguaje supera a su “expresión”. Evolutivamente, alrededor de los 12 meses la mayoría de los bebés pueden producir 3 ó 4 palabras y entender entre 30 y 40. A los 14 meses el número de palabras que los niños entienden salta de 50 a 100. Mientras que a los 18 meses, la mayoría de los niños son capaces de producir entre 25 y 50 palabras, logrando ya entenderlas.

c) De los dieciocho a los veinticuatro meses de edad

A partir de los 18 meses comienza la etapa de la “palabra frase”. Al inicio de la etapa el niño todavía puede estar más cerca de expresiones que son más bien del tipo “holofrase”, es decir usa una palabra para expresar un amplio contenido, la que será comprendida por quienes le rodean, gracias al contexto y el apoyo del lenguaje gestual; sin embargo, la comprensión progresa rápidamente y un par de meses más tarde el lenguaje del niño ya comenzará a caracterizarse por frases cortas de dos palabras: habla telegráfica. Entre los 20 y 24 meses el “habla telegráfica” caracteriza el lenguaje del niño. Aunque la palabra-frase evoluciona a partir de los 18 meses las diferencias individuales suelen ser muy grandes por lo que las edades tienden a ser sólo aproximativas. Estas combinaciones de dos palabras que realiza el niño no son imitaciones del habla adulta (ya que los adultos nunca hablan así) , ni se producen al azar, sino que están organizadas con una gramática infantil que es bastante diferente a la de los adultos y que implican más bien creaciones originales de los niños. Casi siempre

resulta imposible reconstruir el significado de estas “frases” sin saber el momento y lugar donde se han producido. En general las palabras que se emplean son nombres, verbos, adjetivos y sus combinaciones.

Entre estas clases gramaticales suelen establecer las siguientes relaciones:

- Entre dos nombres (o sustantivos):
“Zapato papá” (poseedor y objeto poseído)
“Sopa silla” (relación fortuita)
- Entre nombre y verbo:
“Abre puerta” (verbo y objeto)
“Papá come” (sujeto y verbo)
- Entre calificadores y adjetivos:
“Bonita pelota” (calificador más nombre)
“Más juego” (calificador más verbo)
“Más bonita” (calificador más calificador)

Por lo general, en esta etapa la mayoría de los niños cuentan con un vocabulario mayor a 50 palabras que se acerca a las 400 a los dos años de vida. Las palabras sueltas pasan a combinarse en grupos de 2 a 3 palabras constituyendo una frase, dándose inicio así al habla “sintáctica”. Entre los 20 y 24 meses ya usa muchas frases de dos o tres palabras, articulando las palabras conocidas en frases y oraciones simples. Hacia los dos años el niño posee un vocabulario aproximado de 300/400 palabras. En sus expresiones suele observarse el inicio de la utilización de los pronombres personales como “Yo” y “Tú” y el posesivo “Mi” y “Mío”. Sus frases expresan intención y acción: “hace lo que dice y dice lo que hace”. Con la función simbólica, característica de esta edad, los gestos y las expresiones verbales del niño comienzan a referirse cada vez con mayor frecuencia a realidades más abstractas, haciéndose más dominante en el lenguaje. Esta capacidad simbólica permite al niño explorar e incrementar su lenguaje verbal, manifestando interés por escuchar cuentos sobre sí mismo o sobre su familia, en los cuales va captando el sentido de las palabras y oraciones de las narraciones que los padres le brindan.

Entre los dos y tres años se produce un incremento rápido del vocabulario, incremento que es mucho mayor que lo que ocurrirá posteriormente. A los tres años ya cuenta con un repertorio de aproximadamente 1000 palabras, 80% de ellas comprensibles para la escucha adulta. A esta edad ya se comienzan a utilizar los verbos auxiliares “haber” y “ser” y los artículos determinados. En el curso de esta edad comienza a utilizar las proposiciones y el niño ya tiene un lenguaje comprensible, incluso para personas ajenas a la familia, manifestando un dominio de la mayor parte de la gramática de su lengua materna (sintaxis), por lo que a partir de los tres años el lenguaje del niño comienza a atravesar lo que se denomina el período de la “competencia sintáctica”.